

*Palabras en el acto solemne por el 65.º aniversario
de la Universidad Central «Marta Abreu» de
Las Villas*

Félix Julio Alfonso López
Universidad de La Habana

Hace sesenta y cinco años, en uno de los momentos más dramáticos de nuestra historia republicana, abrió sus puertas la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, el 30 de noviembre de 1952. Fue el sueño cumplido de varias generaciones de próceres e intelectuales villareños, que desde fecha tan temprana como el siglo XIX, clamaban por un centro de esta naturaleza en su patria chica. El gallardo Eduardo Machado y Gómez, hombre ilustrado y patriota intachable, simboliza esos anhelos originarios. Pero los villareños tuvieron que esperar casi medio siglo de república para ver germinar su propia universidad, la tercera de Cuba, conformando junto a la de Oriente, proclamada en 1947, la extensión de la Educación Superior al interior de la Isla.

El nombre de Marta Abreu, la eminente benefactora y patriota santaclareña, que tantas escuelas fundó en su ciudad natal, y que tanto contribuyó al noble empeño de la independencia patria, fue el escogido para la recién fundada universidad. Su divisa fue un escudo que mostraba el centro de Cuba iluminado por una antorcha, y su lema el culto aforismo del ilustre maestro Don José de la Luz y Caballero: *solo la verdad nos impondrá la toga viril*.

Entonces era una universidad pequeña, con apenas siete carreras y poco más de seiscientos estudiantes, buena parte de ellos mujeres, que aspiraban a mejorar sus condiciones de trabajo y vida con una formación académica, en un medio social hostil. Estadísticamente hablando, era un centro de formación

pedagógica y humanista, y poco se hacía entonces por enlazar los quehaceres universitarios con la realidad económica y social de la región en que estaba enclavada. Baste decir que, en una provincia eminentemente agrícola y azucarera como Las Villas, apenas un puñado de estudiantes estaba matriculado como perito químico azucarero o ingeniero agrónomo. Pese a tales carencias, insignes profesores prestigiaban el claustro de nuestra alta casa de estudios, entre los cuales destacaba el filósofo y ensayista Medardo Vitier y su propio hijo, el poeta Cintio, el geógrafo Antonio Núñez Jiménez y, junto a ellos, el incansable y multifacético intelectual Samuel Feijóo, a quien se confió la conducción de la revista paradigmática de la universidad: *Islas*.

Pero la verdad que impondría la toga viril entró en la Universidad en medio de la insurrección del pueblo cubano contra la dictadura, y tuvo rostro y uniforme guerrillero, cuando fue comandancia y hospital de sangre del inolvidable Ernesto Che Guevara. Vidas de estudiantes universitarios se ofrendaron por la revolución, entre ellas las de Marcelo Salado, Ramón Pando Ferrer, fundador de la FEU Central, y Miguel Diosdado Pérez Pimentel, caído en los días gloriosos de la batalla de Santa Clara.

El discurso de Fidel el 16 de marzo de 1959, cuando vino a inaugurar el edificio de la Biblioteca, y el del Che al recibir el doctorado *Honoris Causa* en Pedagogía, el 28 de diciembre de aquel año, trazaron la senda para la verdadera y efectiva democratización de la universidad; y unidos a la reforma universitaria de 1962, fueron el programa teórico y práctico que transformó la alta casa de estudios en un formidable centro cultural, científico y humanista, que generó nuevas universidades y centros de investigación, y que ha formado durante todos estos años miles de graduados, cubanos y extranjeros, en casi todas las disciplinas del conocimiento. Ello no hubiera sido posible sin el plan de becas que promovió la revolución, y sin la creación de la Ciudad Universitaria «Abel Santamaría», soñada por Fidel.

Actualmente la Universidad integrada acoge 52 carreras y se desarrollan en ella 42 Maestrías y 26 programas Doctorales. Más de diez mil estudiantes de las diferentes modalidades de estudio despliegan en sus facultades, aulas y laboratorios, toda su

[192]

Islas, núm. 191; UCLV, septiembre-diciembre de 2018.

<http://islas.uclv.edu.cu>

dedicación y esfuerzo para alcanzar la meta de ser graduados integrales, revolucionarios y cultos. Es indiscutible su decisivo aporte en ramas estratégicas de la economía, así como su liderazgo en innovación y nuevas tecnologías entre las universidades cubanas. Del mismo modo, la Universidad Central atesora una de las colecciones de libros y documentos históricos y literarios más valiosas del país, que lleva el nombre de su creador, el erudito bibliógrafo Francisco de Paula Coronado.

Su campus, uno de los más hermosos de Cuba, combina la belleza de sus elegantes edificios racionalistas con la magnificencia de sus campos y jardines. Esta armonía entre su muy notable patrimonio natural, material e intangible, la hizo merecedora de la distinción de Monumento Nacional, y como tal debe ser preservado y cuidado por todos los miembros de la comunidad universitaria.

Una hermosa escultura de Marta Abreu, que la muestra en todo su carácter de dama enérgica y piadosa, recientemente develada, dignifica y realza el campus universitario, y nos recuerda el compromiso perenne con la memoria de aquella que utilizó el seudónimo de guerra de Ignacio Agramonte y obtuvo los mayores elogios del generalísimo Máximo Gómez.

Pero la riqueza mayor de la Universidad son sus estudiantes, profesores y trabajadores. Todos somos depositarios de un inmenso legado de cultura científica y humanista, creada por los miles de personas que han derramado en las aulas universitarias lo mejor de su talento y de sus vidas. Somos también herederos de una intensa tradición patriótica y revolucionaria, donde se articulan el ejemplo y la prédica del Che y Fidel. A un año de la desaparición física del Comandante en Jefe, que hizo al pueblo dueño de su destino y a las universidades las alentó siempre a sentirse protagonistas del desarrollo económico y cultural de la nación, no hay mayor homenaje para su inmensa figura, que la obra cotidiana de esta universidad, noble y majestuosa, que a sus sesenta y cinco años lleva con orgullo el nombre de Marta Abreu y mira hacia el futuro con los ojos inmortales de Abel.